

jó en un cuarto desprovisto de todo mueble, y nos pusieron centinela de vista.

El único de mis compañeros que me visitó en aquella especie de calabozo, fué D. Francisco Vélez, que había sido mi inmediato subalterno, pero que ya fungía de Coronel.

Me felicitó por haberme mantenido fiel, é hizo amarga crítica de aquellos que habiendo ido á batir á Puebla por dos ocasiones, ahora ostentaban en el pecho la cruz colorada.

Yo le agradecí su felicitación, porque era sincera.

Los pobres artilleros de mi División, me llevaron paja para que me acostase, y el cabo Simón Torices, antiguo ordenanza que cuidaba la "Sub-inspección," me prestó una silla.

Entre los oficiales, no hubo uno siquiera que me prestase el menor servicio.

Al mismo tiempo que había sido acometida la Acordada, lo fueron también los puntos de San Juan de Dios y de la Santa Veracruz, por tropas reaccionarias, destacadas de San Hipólito y de la Concepción.

Aunque la defensa de aquellos puntos fué enérgica, los cortos destacamentos que la hicieron, no recibiendo ningún auxilio, tuvieron que sucumbir; de suerte que, cuando llegaron las tropas de Comonfort á la Alameda, por cierto demasiado tarde, no pudieron sostenerse en ella.

Dueño el enemigo del Occidente de la población, organizó su ataque sobre San Francisco, Santa Brígida, Hospital de Terceros y Santa Isabel, línea avanzada que le quedaba al Gobierno.

Para apoyar el ataque, un obús de á 15^c dirigido personalmente por el Coronel D. Miguel Piña, situado en la Ciudadela, disparaba sin cesar sobre la torre de San Francisco, donde alojaba la mayor parte de sus granadas.

Todo indicaba que el Presidente Comonfort no opondría gran resistencia, puesto que había presenciado impasiblemente el ataque y toma de los importantes pues-

tos avanzados, que resistieron durante dos horas sin ser auxiliados; conformándose después el Presidente, con hacer una demostración inútil en la Alameda.

Llegada la noche, se introdujo el desorden en las filas del Gobierno: unos se pasaban al campo contrario, otros desertaban, y otros abandonaban los puntos que cubrían.

Hubo necesidad de abandonar la línea de San Francisco y concentrarse en Palacio; pero Comonfort, probablemente, sólo pensaba en evacuar la ciudad con la poca gente que le quedaba.

Envió libres á la Ciudadela, á varios oficiales reaccionarios que estaban presos en Palacio, sin acordarse de proponer un canje por los que habíamos caído prisioneros en aquel día.

Al siguiente, ya con luz clara, Comonfort montó á caballo, y con las pocas tropas que le quedaban, salió desfilado rumbo á la garita de San Lázaro.

Las columnas enemigas que avanzaban sobre Palacio, se detuvieron hasta saber que el Presidente había marchado.

El Coronel Flores y yo continuamos durante tres días en el calabozo, tirados sobre la paja. Al cuarto día, nos condujeron al antiguo cuartel de la brigada de artillería de la Guardia, en el cual se hallaba alojado el cuerpo que mandaba el General graduado D. Domingo Nava.

Este señor nos recibió amistosamente, diciéndonos que estábamos allí presos, de nombre, que podíamos entrar y salir á la hora que lo tuviésemos á bien. Por supuesto que no hicimos uso de aquella franquicia, sino que permanecemos en la prevención del cuartel, sin dar un solo paso fuera de ella.

Al día siguiente nos trasladaron á la prisión militar de Santiago Tlaltelolco.

Pocos días después, el Coronel Flores escribió una carta, en la que ofrecía no tomar parte en la política, por lo que lo pusieron en libertad.

Al Teniente D. Agustín Dretz le propusieron que tomase parte en la reacción.

Consultándome sobre el particular, le dije que era muy difícil dar consejo en el asunto, pues aunque á mí me parecía que debía rehusar, esto podía traerle males de consideración y una prisión por tiempo indefinido.

Contestó que al permitirle el Gobierno de su país que sirviera á la República Mexicana, fué con la expresa condición de que lo hiciera á los Gobiernos establecidos, y de ningún modo á los revolucionarios, como estaba estipulado en su contrato.

A esto le dijeron que era oportuno que oyese la opinión del Ministro Gabriac, encargado á la sazón de representar al Gobierno de Prusia, por ausencia del Ministro de aquel país.

Habiendo accedido Dretz, tuvo una entrevista con dicho señor Gabriac, quien le manifestó que á nombre de la Prusia había reconocido al Gobierno del General Zuloaga, que acababa de ser electo Presidente de la República; y que por lo tanto, creía que Dretz estaba en el deber de servirlo.

Satisfecho Dretz con aquella resolución, convino en tomar parte con los reaccionarios.

Cuando me lo participó, no pude menos de sentirlo, porque era un oficial de mérito.

Al Alférez D. R. Platón Sánchez, lograron también seducirlo, y lo sacaron de la prisión.

El Ayudante Thauvin salió en libertad, no sé con qué motivo, pero no le sirvió á Zuloaga.

El único que se mantuvo firme, y por lo mismo se atrajo la persecución del nuevo Gobierno, fué el Alférez D. Francisco de P. Castañeda.

En cuanto á mí, no habiendo querido contraer compromiso alguno con el nuevo Gobierno, permanecí en la prisión durante un año; hasta que el pronunciamiento del General D. Manuel Robles, abriéndome la puerta, me expeditó el camino de Veracruz, á cuya ciudad me dirigí en el momento.

Tal vez algún día escribiré lo que pasó en Tlaltelolco con los presos políticos.

Mientras ellos gemían allí, mil acontecimientos tenían lugar en la campaña.

El Teniente de Artillería D. Agustín Dretz fué hecho prisionero en Zacatecas y fusilado por Zuazua, que no conocía sus antecedentes. R. Platón Sánchez, también prisionero, fué conducido á Veracruz y después á Campeche, de donde logró fugarse.

Terminada la revolución, y ocupado México por los liberales, encontré un día en el café del Progreso á mi amigo el Coronel de Infantería D. Manuel Irastorza; y como hablásemos de los acontecimientos pasados en la última lucha, me aseguró que cuando caí prisionero en la Acordada, *me escapé en una tabla* de haber sido fusilado, porque se trató de ello formalmente; empeñándose mucho para que se me ejecutase, el General D. Antonio Manero, á pretexto de quitar elementos al enemigo; pero que mi amigo el General D. Luis Osollo me defendió, diciendo que en sostener á Comonfort no había cometido ningún crimen, ni tampoco creía justo que se me sacrificara con el pretexto de quitar elementos á los contrarios.

¿Quién había de decirle al desventurado Gral. Manero, que antes de tres meses él sería el fusilado, y que yo aún viviría largos años?

Otra anécdota para concluir. Mi amigo el Comandante de escuadrón D. Luis Iberri, me contó que hallándose juntos la mañana del 21 de Enero de 58 los Generales Zuloaga y Osollo, é Iberri delante, esperando órdenes, se presentó el Gral. D. Felipe Chacón pretendiendo que se le dieran ochocientos caballos y una batería de obuses de montaña, para salir en persecución de Comonfort y hacerle prisionero.

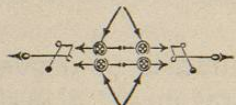
Que cuando Osollo se disponía á dar las órdenes convenientes al efecto, Zuloaga le dijo algunas palabras al oído, y que entonces Osollo, cambiando de resolución, contestó á Chacón que por el momento abandonase su

proyecto; que ya se ocuparía de pensar cómo debía obrarse sobre el particular.

Chacón se retiró; y todo el mundo sabe que Comonfort verificó su retirada sin ser molestado.

Como Ibellí era persona que me debía entero crédito, por su veracidad, no he dudado en consignar lo que me refirió.

Creo que el escrito que aquí termina, demuestra claramente á cuanto se exponen los que en las guerras civiles se conducen con lealtad.



NOTAS.

I.

La mañana del pronunciamiento de la Ciudadela fué aprehendido D. Félix Zuloaga y detenido en Palacio.

Pocos días después D. Antonio Méndez, liberal entusiasta, había ido á la Ciudadela y hablado con algunos Jefes que se hallaban desalentados, y proponían un avenimiento con el Gobierno.

Habiéndomelo participado Méndez, lo puse en conocimiento del señor Comonfort, quien se manifestó sorprendido, y me hizo decir á Méndez que no solamente se prestaría á un arreglo, sino que podían disponer de treinta mil pesos.

Al día siguiente, cuando yo me hacía mil ilusiones sobre el probable término de la guerra, supe que Comonfort puso en libertad á Zuloaga, y se fué á poner á la cabeza de la revolución.

Ignoro si estos dos sucesos tendrán alguna conexión; pero de todas maneras, obrando así, Comonfort dió pruebas de una torpeza ó de una mala fé inauditas, que la historia debe juzgar.

II.

En la obra titulada "El General Miguel Miramón," publicada en Roma en 1886, se leen los pasajes siguientes que tienen relación con estos apuntes:

Página 43. "Miramón, con mil quinientos hombres, después de un fuego activo de artillería, atacó el Hospicio y la Acordada."

"El 21 de Enero Comonfort tomaba el camino de Veracruz, donde llegó sin inconveniente, gracias á la protección que le acordó Osollo."

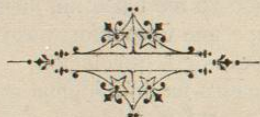
En la Historia de México de D. Niceto de Zamacois, en el tomo 14, página 717, se lee:

"1858. Enero.—Cuando Miramón notó el movimiento de Comonfort y que salía de la Plaza de Armas, corrió á galope á San Francisco

donde, como he dicho, se hallaban el General Zuloaga y D. Luis Osollo, y pidió permiso para perseguirle y hacerle prisionero.”

“Miramón ignoraba que se le había dado licencia para salir de la ciudad.”

“Zuloaga y Osollo habían alcanzado pruebas de *alta deferencia de Comonfort*, y trataron de corresponder á ellas dignamente.” “Miramón insistió en marchar en alcance del vencido Presidente; y entonces Osollo, que era su amigo íntimo, asiéndole del brazo, le dijo: quédate; te ruego que te quedes.” “Igual cosa le ordenó el General Zuloaga, y Miramón obsequió el deseo de ambos.”



FUGA

De México á Veracruz.

1858.

